

Nacida en Catarroja el 22 de diciembre de 1944  
Hija de Antonio *“el Galet”* y de Leonor *“la Garrofina”*  
Tiene dos hijos  
Vendedora de anguilas en el Mercado Central de  
Valencia y en su tienda de Catarroja

La mayor parte de las mujeres de esta generación tenían una vida vinculada a las familias, al cuidado de sus casas, de sus maridos y de sus hijos.

Fueron solo unas pocas las que, empujadas por sus propias realidades familiares, se tuvieron que poner al frente de un negocio y una actividad concreta como tuvo que hacer Leonor, que al fallecer su padre y su hermano tuvo que ocuparse de la parada de venta de anguilas que su familia tenía en el Mercado Central.

En la entrevista me contó con todo detalle cómo se ha desarrollado la venta de anguilas en Catarroja desde el negocio que llevaban sus abuelos.



# Leonor Guillén Asensi



Entrevista en vídeo

Desde el principio de este proyecto tuve claro que era importante, si quería tener una visión global de toda la Albufera, que debía entrevistar al mayor número de mujeres posible, ya que estaba seguro que me podían aportar un punto de vista diferente.

No ha sido muy fácil ya que, en las últimas décadas del siglo pasado, las mujeres, y más en un entorno rural como el de la Albufera, tenían un papel más vinculado a llevar la casa y a ocuparse de sus familias. Por esto una persona como Leonor fue tan interesante para mí.

Ella no solo estuvo vinculada a todo este entorno por el hecho de nacer y vivir en un pueblo como Catarroja, sino que además estuvo unida a él por la venta de anguilas que se producía en su casa cuando ella era muy joven y que, tras la muerte de su padre, tuvo que continuar ella, tanto en la tienda del pueblo como en el puesto del Mercado Central de Valencia.

Ella me contó toda su experiencia no solo desde el haberla vivido sino desde el cariño de haberla disfrutado ya que me dio la impresión de que ir al Mercado Central para ella era algo que disfrutaba tanto por la venta como por el contacto con la gente.

Ya dejó de ir, de esas labores se ocupan sus hijos, uno en la tienda y otro en el puesto del mercado y creo que lo echa mucho de menos. Cuando empezó la entrevista estaba muy nerviosa, tenía mucho interés en que tuviera muy claras algunas de las cosas que quería contarme y quería buscar

las palabras correctas para hacerlo. Al principio estaba muy preocupada. Luego, se fue soltando y se sintió mucho mejor.

Intentó explicarme que la vida en la casa de sus padres era muy sencilla. En el pueblo se conocían y se apreciaban todos y salían a jugar a la calle ya que no había peligro de nada, solo salir y juntarse en la calle para tomarse un café era una gran fiesta.

De pequeña, cuando era una niña, se iba con su padre en una bicicleta, los domingos por la mañana al puerto de Catarroja, con una cesta o *cistellot*, como se llama en valenciano, ya que los domingos los anguileros se turnaban para acudir al puerto a vender anguilas a los turistas o las personas que se acercaban por allí. Como ella mismo me dijo, eran forasteros, gente de Torrente o de los pueblos y llegaban en tranvía.

Tampoco fue ella una excepción y casi nunca salió de su pueblo casi nunca cuando era joven. Como mucho, le daban permiso para ir a Las Arenas, al Cabañal o a la playa de la Malvarrosa, aunque a ella sus padres no le dieron permiso nunca para ir hasta el balneario de Las Arenas. La única excursión a la que le daban permiso y podía ir es a la Devesa de El Saler en barca cruzando el lago.

La tienda en la que se vendían las anguilas, de donde a ella le viene toda la tradición, era de su bisabuela y estaba

Leonor Guillén en su tienda de  
anguilas de Catarroja







muy cerca de su casa actual, en la calle de la Reina. Era una pequeña taberna en la que tenían una pila grande en la que estaban las anguilas vivas preparadas para venderse. Si alguien llegaba hasta allí para comprarlas las sacaban de la pila, las cortaban, las limpiaban y se las vendían, en el mismo proceso que se sigue actualmente.

En el puerto todos los anguileros tenían los viveros en los que estaban las anguilas vivas. Los tenían en la propia acequia del puerto ya que no hay otro sitio mejor preparado para ello. Se situaban en un puente pequeño señalado por unas estacas de madera que ocupaban media acequia y se dejaba la otra mitad para que pasaran las barcas. En esos viveros las anguilas podían estar bastantes días y llegaban a haber allí más de 500 kilos.

Allí las anguilas vivían en su misma cuna, en el entorno en el que se habían criado y habían estado toda su vida, pero el nivel de mortandad era bastante grande y también les hacían unos agujeros a los viveros

para robarles parte de ellas. De todo eso se daban cuenta cuando llegaban por la mañana a recogerlas para llevarlas al mercado y faltaban muchas o había varios agujeros.

Ella misma piensa que eso pasaba porque había gente que pasaba hambre. La situación no era fácil y no podías tampoco culpar a la gente que estaba pasando necesidades.

Otras veces se morían por la calidad del agua que venía. Por la acequia llegaba mucha agua roja que llevaba mucho fango en ella o por las propias tormentas y eso también las mataba. De la misma forma, cuando hacía mucho calor se morían ya que las anguilas, de forma natural, buscan el agua fresca y el oxígeno en el agua. Si no lo encuentran padecen mucho y pueden llegar a morir.

Tuvo mucho interés en explicarme los diferentes tipos de anguilas que siempre se han pescado en la Albufera, y que ellos venden en su tienda. Aunque para la mayor parte de las personas que las consumen todas son muy similares, si que existen algunas diferencias entre ellas.

Las más importantes y las más comunes son las anguilas mareas. Se cogen y se pescan en invierno, son más oscuras y tienen en la parte baja, en la zona de la tripa, el vientre plateado, las aletas negras y una rayita muy pronunciada como si le hubieran hecho un zurcido en una maquina de coser.

Cuando llega el verano aparecen las pasturencas. Se llaman así porque pasturan y tienen mucha menos calidad, un color mucho más amarillento y más marrón con la tripa llena de comer pescaditos ya que parece que en esta época del año se alimentan de cualquier cosa que encuentran.



Luego hay otra variedad a las que se les llama *martinetes*. Creen que se les llama así porque se las pesca por San Martín. Para terminar hay otras más pequeñas que se llaman *ceguetes*, y es que en los ojos tienen una circunferencia blanca muy marcada y se les llama así por esa razón, son *les ceguetes*. Los pescadores tenían costumbres muy arraigadas sobre a quien le vendían lo que pescaban. Cuando pescaban mucha cantidad y no podían venderlas en el puerto se las llevaban a casa y luego se las vendían a los anguileros, entre los que estaban los de la familia de Leonor.

Por esto se produjo una anécdota divertida, muchas de las mujeres que vendían de forma ambulante por el pueblo tenían y ofrecían las anguilas que pescaban sus maridos. Por esa razón, cuando la familia de Leonor empezó a comprar las anguilas de la piscifactoría de Puzol, ante la poca oferta que había, todas las mujeres que vendían de forma ambulante y que querían mantener su clientela, intentaron desprestigiarlas, diciendo que las que ellos vendían eran anguilas forasteras y que no tenían la misma calidad que las que se pescaban en el lago.

El problema aparecía cuando hacía mal tiempo y los pescadores no podían salir al lago a pescar y sus mujeres seguían teniendo la necesidad de ofrecerles a sus clientas anguilas vivas. Entonces sí que recurrían a los anguileros para comprarles género. Lo hacían de madrugada, alrededor de las tres de la mañana, para que nadie pudiera ver lo que estaban haciendo. Leonor lo recuerda bien y lo considera una anécdota graciosa.

Leonor tampoco salió de su pueblo hasta que se casó. Organizó un buen viaje de novios y tuvo la oportunidad de ver otros lugares. Fue a Suiza, a Grenoble y a Madrid a ver a sus padrinos. Luego desde allí de vuelta a casa, a su pueblo, a Catarroja.

Se considera una persona mayor, pero más que por la edad, por la generación a la que ha pertenecido. Me contó que las cosas y las costumbres eran muy rígidas. Ella nació en el año 1944 pero se acuerda bien de que a partir de mediados de los años cincuenta las

cosas cambiaron mucho, como del cielo a la tierra, ya en la educación y en la forma de ser de la gente joven. Ella recuerda la educación que recibió como una *educació en molta antigor encara*, piensa que era una educación muy antigua, muy de antes.

Una de las opiniones que más me ha llamado la atención es cuando se midió la calidad del agua y la pérdida de esta por el mal gusto que empezaron a tener las anguilas que se pescaban. Hacían mal gusto, tenían mal sabor, incluso las anguilas mareasas.

Ella siempre ha sido una enamorada de la venta en el Mercado Central de Valencia, y decía que era un trabajo muy duro pero muy bonito.

Posiblemente por cariño, le otorga a las anguilas una serie de cualidades que ella ha podido ver con el paso de los años y por estar con ellas todos los días a todas horas.

Me contó que señalan el mal tiempo, que hoy, por ejemplo, hace sol y es un día especial, pero si por un casual en un par de días va a venir una tormenta, ellas ya antes de que llegue lo saben. Ahora también lo saben los hombres del tiempo pero antes no era así. Si viene mal tiempo ellas están muy nerviosas y no las puedes casi ni tocar. Incluso para limpiarlas y matarlas no puedes con ellas, se suben por las paredes de los viveros o de los acuarios como si quisieran huir de algo.

De la misma forma, cuando las tiras al peso o algo similar cuestan mucho más de dominar, es mucho más difícil y complicado trabajar con ellas, manejarlas e incluso matarlas.

Al terminar me hizo ver que se había quedado muy preocupada por si no había sabido explicarse bien, por si lo había entendido todo o por si quería que me aclarara algo de lo que me había contado. Ella quería que toda su historia se conociera bien, contar cómo había sido su vida y que se recordara toda la labor que ha hecho su familia durante tantos años, cosa que creo que consiguió ya que me lo contó todo con muchos detalles. ☒